



A Diego, Sebastián, Gabriel, José Andrés,  
Luisa, Manuela, Luis Alejandro y Victoria

**E**n Venezuela la gente confiaba en que la democracia debía mantener a los militares en los cuarteles, por si acaso. Hugo Chávez pregonoó justo lo contrario: le enredó la cabeza y el corazón a la población con tanta palabrería, se murió y dejó el país entero convertido en un infierno rojo, rojito. Ignoraba, igual que muchas otras cosas importantes, la advertencia de Simone Weil en 1942: “Nada puede tener como destino lo que no tiene como origen”; por tanto, una auténtica revolución social solo puede surgir, en cualquier parte y en cualquier época, a partir de motivaciones verdaderamente humanas, con el objetivo de limitar el mal en cada uno de los ámbitos de la vida individual y colectiva -que es como decir: *a grandes males, grandes remedios*-. En el país, de hecho, se ha propagado sin misericordia el mal hasta un extremo difícil de concebir para una mente medianamente equilibrada, en caso de quedar alguna.

Comencé a estudiar Economía a los 17 años, cuando vivía en los Andes, en casa de mis abuelos en la antigua parroquia de Belén; era, además, muy tímida e insegura, tal vez porque en la adolescencia me enamoré perdidamente de unos ojos verdes en el Liceo, aunque jamás se fijaron ni un solo día en mí. Creo que desde entonces sabotearon mi mente muchas ideas tontas y verdaderamente molestas, reforzadas años después cuando en París, el novio oficial con quien viajaba me mandó al carajo, sin ninguna explicación, diez minutos antes de llegar a *Notre Dame* y dos días después de haber

dejado Madrid. Me río siempre cuando la gente sueña con lo romántica que puede llegar a ser la Ciudad de la Luz; lo cierto es que desde aquel aciago día comencé a padecer los síntomas de eso que los turistas japoneses llaman *síndrome de París*, incluyendo el desencanto hasta las trancas y el vértigo; además, analógico como era este precioso mundo todavía, tampoco podía disimular el despecho y consolarme subiendo un *selfie* para mostrar felicidad digital en Internet.

Debido a mi frágil autoestima y vergonzosa inseguridad pues, me sorprendió que una tarde, al salir de clase en la Facultad, se acercara un compañero muy guapo a hablar conmigo y me invitara a tomar algo y a caminar; como también tenía los ojos verdes, acepté y así, un día tras otro, hasta que, entre conversación y conversación, nos hicimos buenos amigos. Me confesó, finalmente, que militaba en un partido clandestino de izquierda radical y que los jefes de la guerrilla urbana habían ordenado reclutar nuevos *cuadros* revolucionarios, incluyéndome a mí; *cuadros*: así llamaban los camaradas a los incautos candidatos, siguiendo la absurda y oscura *nomenklatura* que imponían desde Cuba y la URSS. Ese fue, entonces, mi primer contacto con aquel inframundo político, omnipresente en toda la ciudad; solamente en los pasillos de la Facultad de Economía, por ejemplo, hacían vida -juntos, aunque no revueltos- representantes del espectro ideológico global de entoces, en su mayor parte hombres heteros marxistas-leninistas, maoístas, revisionistas, trotskistas, comunistas, eurocomunistas, anarquistas, socialistas y algunos que no encajaban en nada y se dedicaban, según decían, a *dilettar*. La competencia por procurarse *cuadros* debió ser, en efecto, bastante ardua y, por tanto, no se cortaban en emplear diversas estrategias,

ortodoxas o no. Recuerdo, sin embargo, que me llevaba bien con casi todos y algunos pertenecían, inclusive, a mi grupo de amigos cercanos. A los machos alfa de la izquierda, por cierto, les atraían mucho las chicas de clase alta -que no era mi caso- y si habían estudiado en colegios de monjas, mejor; ellos decían siempre que cumplían órdenes del Partido y que así se protegían de la policía, dando una falsa imagen de normalidad. Curiosamente, a las jóvenes de clase alta también les atraían los machos alfa de izquierda, aunque nunca pude averiguar por qué.

Las malas compañías en la Universidad, de hecho, alertaron no solo a mi abuelo cuando empezó a ver libros muy raros en la mesita del patio, cerca de la mecedora, y a la hora de comer; también -y por fortuna- a Alexis, mi profesor de matemáticas, vecino y amigo de mis tíos. Me invitó un día a comer un helado y me dijo que sabía, por experiencia propia en la universidad donde estudió, que en ese mundo no había nada bueno que buscar, salvo la cárcel, la tortura o la muerte; que los jefes utilizaban a los jóvenes militantes para sus propios intereses y que, por favor, desconfiara de ellos y me andara con cuidado. Por eso, cuando un compañero me informó que había sido seleccionada para realizar prácticas de entrenamiento guerrillero en las montañas durante las vacaciones de agosto, mi protector espíritu pequeño burgués entró en pánico, me acordé enseguida de los consejos de Alexis y escurrí el bulto como pude. Luego se lo conté a mi madre, con pelos y señales, y me dijo que menos mal que no tenía la cabeza loca.

Gracias, querido Alexis. Seguro que has resuelto ya todas aquellas integrales en el cielo, donde estás ahora.

En los tiempos de la Guerra Fría y las dictaduras militares de derechas en América Latina, el marxismo como dogma imprimía curiosamente prestigio a las Universidades donde imperaba y a los profesores que, en buena medida, vivían del cuento adoctrinando estudiantes sin ton ni son. Mi formación de economista, cómo no, fue marxista y pasé años de mucha ignorancia y confusión, convencida, por ejemplo, de que timote-cuicas, mapuches, aymaras, caribes, incas y mayas habían vivido en el modo de producción asiático antes de la colonización española y que, suprimiendo la propiedad privada e instalando primero la dictadura del proletariado y luego la democracia popular, el desarrollo imparable de las fuerzas productivas -como repetían, sin cambiar ni una coma, los manuales de la Academia soviética- allanaría el camino de la humanidad entera hacia la felicidad, el ocio y la libertad sin límites. La charlatanería utópica heredada del siglo XIX, como bien la definió el gran Silvio Gesell en 1916.

Desde comienzos del siglo XX, de hecho, el marxismo en Venezuela estuvo vinculado particularmente al debate sobre el tema petrolero. Juan Vicente Gómez -el dictador andino en la época cuando mis abuelos eran jóvenes y se casaron-, entregó la explotación del petróleo -del *excremento del diablo*, como lo llamó Juan Pablo Pérez Alfonso cuando se creó la OPEP- a compañías anglo-americanas como la Caribbean Co., en concesiones que duraban cien años; al mismo tiempo, enviaba a la cárcel o al exilio a los estudiantes de Caracas que se oponían, como Salvador de la Plaza, Rómulo Betancourt y Gustavo Machado. Expatriados en París, Colombia y México, estos jóvenes entraron también pronto en contacto con las tesis marxistas leninistas, deslumbrados seguramente con tanta propaganda bolchevique en

todas partes. De hecho, Machado y de la Plaza participaron en la fundación del Partido Comunista de Venezuela en 1931 y de otras organizaciones similares en México y Cuba; Betancourt fue miembro del Partido Comunista de Costa Rica, en 1931 organizó en Barranquilla, Colombia, la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI) y en 1941 lideró la fundación del partido socialdemócrata Acción Democrática (AD). Betancourt -a quien llamaban en las escuelas antes del chavismo el “padre de la democracia venezolana”- fue Presidente de la República en 1945 y en 1959. A Salvador, el propio chavismo lo ha borrado de la historia, junto a todas sus propuestas postpetroleras.

No obstante, a partir de la nacionalización de la industria de los hidrocarburos en 1976, durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, el anti-imperialismo petrolero perdió vigencia y la gente de buena voluntad pensó que, por fin, en Venezuela se podría sembrar el petróleo; es decir, iniciar una transformación social y económica que limitara la dependencia de las exportaciones petroleras y fomentara la producción nacional, incluyendo la agricultura entre las prioridades. Sin embargo, el cese del conflicto que implicaba la apropiación extranjera de los recursos nacionales, abrió la veta por la competencia furtiva entre los diversos sectores económicos y políticos para acceder a los nuevos privilegios asociados al control estatal del rentable y diabólico negocio petrolero. El Estado se había convertido, efectivamente, en la gallina de los huevos de oro y, en consecuencia, objeto de deseo de todos: también de la izquierda local y la del extranjero.

Viajé en diciembre de 1999 desde Madrid donde estaba estudiando, a los Andes para celebrar la Navidad con la familia y de paso votar en el referendo constitucional. Mi madre me había guardado una copia del proyecto aprobado

en la Asamblea Constituyente, impreso por orden de Chávez para distribuirlo entre la población. El texto, en realidad, aunque en el fondo chirriaba, en la forma seducía, por lo que los intelectuales de izquierda en los periódicos internacionales se dieron prisa en calificar la nueva Constitución Bolivariana, ni más ni menos, como la más progresista del mundo entero y global, obviando que era apenas el perfil de un rígido modelo de capitalismo de Estado, sin más. Fue redactada, asimismo, en lenguaje inclusivo de género por imposición, según decían, de una diputada feminista y socialista que había asistido a la Conferencia Mundial de Pekín en 1995 -no como en Colombia, donde le encomendaron al mismísimo García Márquez que corrigiera el estilo de la nueva Constitución en 1991-. Además del extremo nacionalismo, prometía, en fin, tanta felicidad en el futuro que hasta el nombre del país lo cambiaron para empezar de nuevo. Palabras, palabras, porque semejante ilusión terminó convertida en el marco legal de la organización mafiosa cívico-militar de las sabandijas en el poder y en la oposición, cuyos tentáculos, según parece, se han extendido por medio mundo. Tal vez arroje luz recordar que Nicolás Maduro fue diputado de la Asamblea Constituyente en 1999.

La utopía, pues, solo podía acabar en su contrario: la catastrófica distopía -el lugar del mal- del socialismo del siglo XXI. Hugo Chávez salió de la cárcel en 1994, indultado por el presidente Rafael Caldera, a quien, por ello, mucha gente le atribuyó responsabilidad en el origen de tanta desgracia nacional. Hinchado de popularidad, inició de inmediato su campaña electoral y desde entonces ya decía una cosa un día y otra a la mañana siguiente. Manifestó en una entrevista por televisión, por ejemplo, su admiración por las propuestas de la Tercera Vía de Tony Blair en Gran Bretaña; es decir, por la economía mixta

frente al *laissez faire* de Margaret Thatcher y el centrismo político opuesto al estatismo de la izquierda. Ahora que lo pienso, es muy probable que solo siguiera instrucciones de sus asesores y todo aquello que parecía coherente formara parte, simplemente, de la estrategia general para abrirse camino y despistar. Si en los partidos políticos son capaces de cualquier cosa para conseguir la alcaldía de un pueblo deshabitado y lleno de fantasmas, basta imaginar lo que pueden hacer para controlar el patrimonio y las riquezas naturales de un país como Venezuela. Chávez pues, ganó las elecciones el día 6 de diciembre de 1998 con el cincuenta y seis por ciento de los votos, contando con el apoyo no solo de la población marginada y empobrecida de toda la vida, también de gran parte de la clase media, afectada por la crisis de turno de la deuda externa y la devaluación monetaria.

En el ambiente político internacional se vivía el auge del Movimiento Antiglobalización, del Foro Social de Porto Alegre y de las luchas indígenas en los países andinos; así que, erróneamente, pensé que el gobierno bolivariano, tarde o temprano, terminaría adscribiéndose a propuestas como la tasa Tobin, el cierre de los paraísos fiscales, el apoyo al comercio justo, la seguridad alimentaria y la prohibición de patentes sobre la biodiversidad y los bienes comunes, entre otras. Pero ni Vandana Shiva, ni Susan George fueron invitadas a Caracas; en su lugar, dieron la más cordial bienvenida a Martha Harnecker, quien se mudó desde La Habana para ejecutar directamente, desde su oficina en el hotel Alba de la capital -antiguo Hilton de cinco estrellas-, las instrucciones de su jefe, Fidel Castro. Los planes eran, pues, más próximos al Foro de Sao Paulo que al de Porto Alegre, aquella organización que se fundó, bajo la tutela del Partido Comunista de Cuba y el



Partido de los Trabajadores de Brasil en 1990, para establecer estrategias y formas de financiamiento de la izquierda ante la desaparición de la URSS. De hecho, el Movimiento V República (MVR) -el partido que fundó Chávez con sus aliados civiles y militares el 21 de octubre de 1997, reconvertido en 2007 en el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV)-, se integró desde el principio al Foro de Sao Paulo. Chávez consiguió, además, convertir las torpezas y los errores de la oposición política en grandes victorias a favor de sus planes. El fracaso del golpe de Estado en abril de 2002, por ejemplo, reforzó su apoyo local e internacional y la huelga petrolera entre diciembre de 2002 y febrero de 2003, le permitió el control total de la industria de los hidrocarburos, cuando sustituyó a los directivos y técnicos de Petróleos de Venezuela (PDVSA) por militantes de izquierda, ex guerrilleros y académicos marxistas de mi época de estudiante, muchos vinculados con la dictadura cubana. Algunos periodistas, al parecer bien informados, han denunciado que dicha huelga fue, en realidad, una estrategia diseñada por el propio gobierno. En agosto del 2004, asimismo, Chávez derrotó a la oposición en un referendo consultivo, con el sesenta por ciento de los votos a su favor, prevaleciendo, no obstante, la presunción de fraude. Las personas que firmaron para solicitar la convocatoria, además, fueron incluidas en la aberrante “Lista Tascón”, llamada así por el apellido del diputado chavista que la elaboró; yo no firmé porque seguía en Madrid, pero aparecer en ella significaba prácticamente la exclusión social en todos los niveles, tomando en cuenta que el régimen avanzaba a pasos agigantados en su objetivo de convertir a los venezolanos en mendigos, siguiendo el ejemplo de Cuba. Así comenzó el éxodo de miles

de jóvenes profesionales, al mismo tiempo que aumentaba paradójicamente la incorporación de médicos, entrenadores deportivos y militares cubanos.

Tres años más tarde, luego del nuevo triunfo en las elecciones de diciembre, en enero de 2007 Chávez anunció sorpresivamente al mundo -con su acostumbrada pomposidad- el proyecto de construir el socialismo del siglo XXI en Venezuela, según las tesis marxistas del profesor alemán, residente en México, Heinz Dieterich; algo, por lo demás, que no mencionó nunca en la campaña electoral, edulcorada por la cínica y constante referencia al cristianismo y el amor que él mismo confesaba sentir cada vez más por la humanidad. Apenas recuperada del fuerte impacto y buscando complicidad, envié por *Internet* a los amigos y conocidos una copia en PDF del libro de Dieterich sobre el tema, y en los ratos libres escribía mis *bartolinos* que hacía llegar, anónimamente y sin ningún éxito, a los periódicos que aún circulaban en el país, como éste:

#### El lápiz de Bartolina

#### SI NO PUEDES CON TU ENEMIGO, ÚNETE A ÉL

*Estuve casada con un atractivo pequeño burgués durante quince años. Es dueño –todavía- de una empresa en Caracas que, entonces –ahora no sé, porque desde hace tres años no me paga la pensión-, le dejaba algunas ganancias que compartía con su familia, invitándonos de vez en cuando a pasar vacaciones fuera del país. Ejercitando la memoria, para entretenerme en algo en estos tiempos difíciles que corren, estaba recordando algunos de los lugares que visitamos juntos. Bolivariano hasta la médula, nos llevaba*

*siempre a sitios relacionados con El Libertador, por la educación de los niños –decía-. Nuestras vacaciones, pues, solían ser muy históricas y patrióticas. Fue así como tuvimos oportunidad de conocer la hermosa casa que Bolívar compartió con Manuelita, en el centro de Bogotá; la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, donde murió; el Monte Sacro en Roma, donde juró, en compañía de Simón Rodríguez, liberarnos de la corona española; el volcán del Chimborazo en los Andes ecuatorianos, en cuya cima habló con el fantasma del Tiempo, delirando; y la antigua iglesia de San José, donde dicen que contrajo matrimonio con María Teresa del Toro, en la madrileña calle de Alcalá. En medio del sarataco por la avalancha de tantos recuerdos personales –y harta de perder mi tiempo con la oposición-, me pareció buena idea sugerirle al gobierno la convocatoria de un nuevo referendo, para preguntar a los venezolanos si estaríamos de acuerdo en expropiar esos lugares e incorporarlos al patrimonio nacional. Imagínense, estimados lectores, al presidente Chávez en Roma o en Madrid, en plena gira de expropiación: “El Monte Sacro: ¡Exprópiese!”. Total, la comunidad internacional no creo siquiera que pudiera llegar a sorprenderse y reaccionar.*

Por si fuera poco, hasta la economía mundial favoreció los planes de Chávez cuando el precio del petróleo alcanzó, por primera vez en la historia, cien dólares el barril. Estados Unidos, de hecho, continuó siendo el principal comprador del excremento del diablo que exportaba el país; vale decir, fuente sustancial de financiamiento del Estado que controlaba la totalidad de la renta petrolera. El reiterado discurso antimperialista, pues, no ha sido otra cosa que barata chulería roja. Chávez se dedicó, entonces, a presumir por el mundo de

la fortuna ajena y comprar así a quien se prestara; al mismo tiempo, de regreso a Caracas se afanaba en expropiar a diestra y siniestra empresas y latifundios que nunca volvieron a producir nada. Experto en crear falsas expectativas, financió también cien mil proyectos de supuestas cooperativas que jamás se materializaron. Mientras tanto, seguían llegando soldados cubanos, médicos cubanos, espías cubanos, asesores cubanos, aviones cubanos y personal chino, ruso, iraní y turcos de verdad, no como los sirios y libaneses que vendían las telas de tornasol en las tiendas de la calle Lora, esas que tanto le gustaban a la abuela en su juventud. ¡Qué tiempos aquéllos cuando llegaban a los Andes gentes de buena voluntad, desde tantos países y planetas!.

La viscosidad petrolera en esta época dorada del régimen bolivariano permitió encubrir, desde luego, la siniestra trama de opresión y desdicha que se tejía como destino de la sociedad. En noviembre de 2007, un sicario en moto asesinó a David -el sobrino de una querida amiga que había cumplido apenas 20 años- en la entrada de la calle donde habíamos sido vecinos y él me visitaba en las tardes cuando volvía de la escuela porque le gustaba escuchar historias, hojear libros y merendar conmigo. Mientras el régimen presumía ante el mundo del socialismo del siglo XXI, se desató una oleada de crímenes semejantes en muchos barrios de varias ciudades del país, sobre los cuales las autoridades guardaron estricto silencio y los criminales jamás fueron identificados. A día de hoy, cerca de ocho millones de venezolanos -hombres, mujeres y niños- se han visto obligados a marcharse a otros lugares, huyendo de la abolición de la realidad, de la violencia y de la penuria. En aquellas casas enormes y húmedas de Belén frente a la Sierra Nevada,

apenas si contestan al teléfono los ancianos que se han quedado solos. En mi familia, además, las tías, hermanos, primas y primos que antes eran sedentarios se han vuelto nómadas y nuestros niños andinos nacen ahora en cualquier parte, pongamos en Costa Rica o en Atlanta, cuando comienza el otoño o barrunta en marzo la primavera. ¡Quién adivinara el futuro!

Madrid, Adviento de 2023